

XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

# Espejos astillados.

Leonardo Eiff.

Cita:

Leonardo Eiff (2019). *Espejos astillados. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/20>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## ESPEJOS ASTILLADOS

### La sociología del socialismo entre el plan y el mercado

Leonardo Eiff

(Ungs-Conicet)

Ponencia 197

“Si la forma valor subsiste en las actuales formaciones sociales en transición es debido a que subsisten relaciones sociales determinadas que continúan revistiendo objetivamente *la forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales*”.

Charles Bettelheim, *Cálculo económico y formas de propiedad*

“Formas excelsas del pensamiento abstracto, de las que sólo son capaces hombres que se encuentran en lugares que han sido arrasados por las inundaciones y que discuten con sabiduría: ¿es posible o no es posible imaginar desde un punto de vista teórico, si puede haber inundaciones en un lugar como éste? Sería muy perjudicial para los habitantes de este lugar si se supiera, teóricamente, que esas catástrofes no pueden pasar aquí. En cuanto a los hechos, por ejemplo, las ramas caídas de los árboles, las cosechas arruinadas, las casas destrozadas, etc., bueno, ¿qué hay con eso?, nos responde el teórico: tanto peor para los hechos”.

Lisichkin, *Plan i rynok*

El tren que transporta a la familia Zhivago arriba a una estación del interior ruso:

Detrás de la esquina, escondiéndose una tras otra y alteradas como si les fueran a predecir el futuro, estaban fila en india las campesinas de las aldeas vecinas con pepinos, ternera cocida y pastelillos de centeno y requesón que, a pesar del frío, conservaban el aroma y el calor bajo las colchas con que los habían envuelto para su transporte. Mujeres y jovencitas, con pañuelos metidos bajo el cuello de sus cortas pellizas, enrojecían como amapolas con las bromas de los marinos y al mismo tiempo les temían más que al fuego, porque eran los marinos quienes nutrían principalmente los destacamentos para luchar contra la especulación y el comercio libre, ahora prohibido. La turbación de las

campesinas no duró mucho. El tren se detenía. Llegaba el resto de los pasajeros. El público comenzó a mezclarse. El comercio se intensificó. Antonina Aleksándrovna pasaba revista a las vendedoras, con la toalla al hombro, como si se dirigiera al patio trasero de la estación a lavarse con nieve (...) Al final de la fila había una mujer con un pañuelo negro bordado en rojo. Vio la toalla bordada. Sus ojos insolentes se inflamaron. Miró a su alrededor, se aseguró de que el peligro no la acechara de ninguna parte, se acercó rápidamente a Antonina y, apartando la tela que cubría la mercancía, le susurró una retahíla ardiente de palabras: Mire, ¿ha visto alguna pieza así? ¿No le gustaría quedársela? Venga, no se lo piense dos veces, me la quitan de las manos. Se la cambio por la toalla”.<sup>1</sup>

La pieza era una apetecible liebre asada. El trueque fue cerrado. La escena de la notable novela de Pasternak revela un sesgo de la potencia plebeya: la conformación espontánea de un mercado popular. En medio de la guerra civil, el comunismo de guerra, las requisas, los decretos altisonantes, se trama un mercado *ad hoc*, a la vera de la estación, cuyo fin es reproducir las condiciones de vida. Toda una vulgata opone sin más socialismo y mercado. Pero la ilación de sus relaciones posee otra densidad, que se deduce de la autonomía y espontaneidad admisible de la sociedad, aunque también entraña la inquietante vigencia del *homo economicus*, que cierta tradición liberal juzga inherente a la naturaleza humana. La escena del *Dr. Zhivago* denota la reaparición del mercado acorde a *la potencia del deseo*, a *la naturaleza humana* o *la vigencia de la ley del valor durante el período de transición*. Comenzamos rastreando la última, que es el marco general de comprensión marxista del fenómeno, de su resignada aceptación. Porque, además, el mercado es una institución histórica, no una ley natural. Lo calibró, entre otros, Karl Polanyi. No vale la pena abundar. Pero el problema no está allí. Radica, en cambio, en el entrelazo entre la iniciativa popular, la autonomía y la potencia del demos/deseo, y el intercambio mercantil a nivel molecular, popular; también, lo veremos, respecto a la organización general de la economía.

Desde la Revolución bolchevique, durante casi todo el siglo XX, los gobiernos socialistas debieron dar respuesta a la vigencia del mercado tras la Revolución, en el período de transición o de construcción del socialismo, o la proliferación, tras bambalinas y escaparates mercantiles, de hombres y mujeres duchos para el intercambio; los inquietantes *nepman* según la jerga soviética durante los años 20. En fin: ¿Qué intensidad de flujos de capital es indispensable para sostener al Estado revolucionario? ¿Es posible organizar un sector de la economía donde no rija la Ley del valor? ¿Pueden propiciarse

---

<sup>1</sup> Pasternak, Boris. *El doctor Zhivago*. Barcelona, Galaxia Guttenberg, 2010, pp. 296-7.

estímulos que no sean los materiales? El comunismo de guerra, la Nep, la planificación centralizada, la colectivización, la autogestión yugoslava, la moral revolucionaria, el socialismo gulasch, el arrendamiento privado de la tierra en la Polonia de Gomulka, el reformismo soviético de los 60 que intentó dotar de autonomía financiera y gerencial a las empresas socialistas, el reformismo de Deng Xiaoping y la lenta transición hacia el mercado en China. La ligazón práctica entre socialismo y plan, la garantía del cambio, o su inicio, de régimen social anudado a la estatización de los medios de producción (es uno de los hilos que unen a Trotsky con Stalin) no impidió, sin embargo, procurar de diversas maneras, como decía Hobsbawm, que “el sistema no funcionara a los gritos”. El denominador común de todos estos intentos reside en ampliar los márgenes de autogestión económica que no puede evitar confundirse con engrandecer la serie de intercambios mercantiles que transitan por el conjunto de la sociedad. Ahora bien, lo que resta en filigrana es la siguiente interrogación atribulada: ¿el mercado puede desempeñarse como una suerte de optimización de la producción y distribución de bienes dentro de una sociedad cuyo gobierno, o bloque de poder, aspira a favorecer el desarrollo de un sentido común socialista o, indefectiblemente, puesto que el funcionamiento mercantil supone toda una antropología, triunfará la enajenación y el sentido común indicará una organización capitalista de la sociedad?

La polémica atravesó el pasado siglo hilvanando la palabra-maga *transición* con el lenguaje prosaico, pedestre, del *cálculo económico*. El triunfo de la Revolución inaugura un largo período de transición hacia el socialismo, cuyos signos y rasgos intelectuales pueden entreverse en el contrapunto clásico entre Bujarin y Preobrazhensky. Se trata de una completa fase histórica que arrastra dos cuestiones: ¿Cuáles son sus rasgos medulares? ¿Cuáles son sus tendencias decisivas? La dirección ideológica del Partido, el Estado como caja de resonancia y nodo de la transición y la planificación como modo de producción y reproducción de la sociedad (el plan no es sinónimo de socialismo, pero fue la respuesta más eficaz ante la urgente pregunta en torno a cómo organizar la economía prescindiendo de la concurrencia y los equilibrios provistos por la lógica de la oferta y la demanda), no eran objeto de discusión substancial. Calibrar las tendencias dependía del tipo de valoración de la naturaleza del socialismo. Sí este se definía por la propiedad colectiva de los medios de producción, estábamos ante una formación socialista –que podía ser más democrática o más burocrática–, inconfundible con el modo de producción capitalista; sus taras exigían reformas (posición de Oskar Lange, Maurice Dobb, Charles

Bettelheim, antes de su giro maoísta, y la serie de reformistas soviéticos, como el citado Lisichkin) o una revolución política que acabará con el parasitismo burocrático (posición de Trotsky y sus herederos de diverso pelaje). En cambio, si el socialismo se caracteriza por el control inmediato de los productores del proceso de producción y su resultado, las formas de propiedad, el plan, no tenían mayor relevancia puesto que las relaciones de producción sustentadas en la explotación seguían en plena vigencia. ¿Entonces? Era lo inaudito: una revolución anti-capitalista transitaba hacia un lugar que no podía ser el socialismo. Se dijo: capitalismo de Estado (con burguesía de Estado o sin ella), dominio burocrático o totalitarismo. Los marxistas (como Paul Sweezy por caso) reintroducían el capitalismo porque si la explotación insistía no podía provenir de otro lugar. Otros (notablemente el grupo *socialismo y barbarie*) comenzaron a intuir agudos problemas en el análisis marxista e iniciaron el divorcio. La confianza historicista en la *transición* provocó estragos. La persistencia de relaciones mercantiles dentro de las economías socialistas, su acentuación tras cada período de reformas, ponían en tela de juicio la linealidad del pasaje del capitalismo al socialismo.

De todas formas, la persistencia del mercado estaba entrelazado a la búsqueda de eficacia en la organización de la economía planificada. Representaba, al mismo tiempo, una serie de inconvenientes filosóficos e históricos, y de “moralidad” socialista, y una solución práctica para la vida de millones de personas. El marxismo como poder de Estado halló una resolución teórica, mudable a consigna: “La ley del valor persiste en el actual estadio del desarrollo de la economía soviética. Esto significa que, en principio, el precio de un producto debe expresar la cantidad y la calidad del trabajo socialmente necesario para su producción. Por tanto, el precio de un producto debe corresponder a la cantidad de trabajo pagado (precio de coste) y de trabajo no pagado que su producción ha exigido; la dificultad práctica reside en la estimación de este último elemento”.<sup>2</sup> Y en un manual de divulgación acerca de la experiencia de dirección industrial en la URSS leemos lo siguiente: “El sistema de planificación de la economía de la URSS utiliza eficazmente las relaciones mercantiles-monetarias y resortes económicos como son el beneficio, los precios, el crédito, etc.”. Uso consciente de la ley del valor, es decir: con fines socialistas. Bettelheim advierte el problema nodal: ¿cómo transformar los valores en precios de modo consistente con el desarrollo económico? Allí irrumpe el prosaico *cálculo económico* – que no debe confundirse con el cálculo monetario, aunque en la práctica es casi inevitable

---

<sup>2</sup> Bettelheim, Charles. *Problemas teóricos y prácticas de la planificación*. Madrid, Tecnos, 1971, p. 93.

su solapamiento. Si el valor-trabajo es objetivo, a diferencia del marginalismo que lo vincula al funcionamiento libre de la oferta y la demanda, prima facie, es plausible calcular precios y salarios vía planificación central con una objetividad aceptable sustentada en el tiempo de trabajo socialmente necesario como unidad de cuenta. Lange, por su parte, consideraba plausible que el comité de planificación creara modelos artificiales de mercado para calcular y fijar precios y cantidades, luego, con ese horizonte, las empresas organizarían, de modo descentralizado, la producción.

La economía política del socialismo arriesgó su validez en la posibilidad de un cálculo (las cuentas nacionales, el producto interno, precios, salarios y beneficios) *a priori*, es decir, prescindiendo del dispositivo de ajuste por escasez que provee el intercambio de la oferta y la demanda. Fue en respuesta a la invalidación general y sin atenuantes de economistas como Ludwig Von Mises quien en su temprano ensayo sobre el *Socialismo* afirmó que una economía que suprimiera los mecanismos de mercado estaba condenada a la irracionalidad y el despilfarro, puesto que era imposible realizar cálculos económicos *a priori* que tendieran al equilibrio. La experiencia práctica soviética, las guerras mundiales, el proceso de descolonización y el consenso desarrollista socavaron, hacia mediados del pasado siglo, las tesis de Von Mises. La planificación encontró una justificación en las teorías de Oskar Lange o Charles Bettelheim y en las resoluciones de los *Gosplan* que garantizaban el dinamismo económico, materializado en las abundantes cifras de aumento de la producción y, sobre todo, en la legitimidad relativa del modelo soviético para los países que se lanzaban a la aventura del desarrollo. Sorprende leer hoy la relativa aceptación de aquello que ahora nos parece inaudito: la planificación de la economía. El debate, como decíamos, pasaba por los niveles de admisión de mecanismos de coordinación espontáneos que ayudaran a ajustar la racionalidad del plan. El mercado, también, reforzaba su validez al colindar con la autonomía de *lo social*: autogestión de las empresas, márgenes de libertad para vender la producción, crucial para los campesinos, recodo material de la expresión autoinstituyente de la sociedad. Así, por lo menos en la práctica, eran inextricables las demandas de mayor democracia con las de la ampliación de los resortes mercantiles que orienten a los actores económicos, productores y consumidores. En tren de dotar de una mayor eficiencia general a la economía, cuyo punto nodal era aumentar los bienes de consumo para aquietar las pasiones de las masas (el plan era eficiente en aumentar la producción de medios de producción, pero inepto o estéril en la provisión creciente de bienes de

consumo), los dirigentes comunistas fueron explorando modos de armonizar el plan con el mercado. Imaginaban que podían ofrecer mercado sin libertades públicas, o el mercado como modelo de libertad. Extraña coincidencia con la racionalidad neoliberal, que, por otra parte, acaso explique el exitoso ascenso de China tras las reformas de Deng, su aceptada compatibilización con el sistema económico mundial. No sucedió, sabemos, de ese modo en Europa. Para finales de la década del 80, el economista, y antiguo planificador, húngaro János Kornai preguntó si el socialismo era reformable.<sup>3</sup> Repasando los intentos de reformas que procuraban coordinar planificación y mercado o el control estatal de las grandes ramas de producción, comercio exterior y sistema financiero con mercados minoristas donde prime la iniciativa privada, desde la NEP hasta la vigente Perestroika, la experiencia revelaba, al mismo tiempo, su posibilidad fáctica y su incongruencia medular: “La búsqueda de terceras formas de propiedad y mecanismos de coordinación no puede permitirnos eludir las difíciles decisiones reales. Tenemos que decidir cuál debe ser la importancia relativa de las dos formas robustas de propiedad: propiedad privada frente a propiedad estatal (...) nos enfrentamos a una elección de tipo binario entre formas mutuamente excluyentes: o propiedad estatal con control burocrático o propiedad privada con coordinación de mercado”. La combinatoria entre socialismo y mercado constituyó una serie de malentendidos, puesto que el plan implica la burocracia, su producción y reproducción ampliada, y el mercado, para funcionar, debe articular respeto por la propiedad privada e incentivos para la rentabilidad. Otorgando de forma póstuma la razón a la tesis pioneras de Von Mises, ya hegemónicas en las últimas décadas del siglo, Kornai constata el fin de los intentos reformistas dentro de economías que pretendieron constituirse alrededor de la propiedad colectiva. Solo resta organizar una eficiente transición de economías centralizadas a economías de mercado, cuyo parámetro de medición es el continuo crecimiento de la actividad privada. Kornai usa, contra los reformistas herederos de Oskar Lange, a Lenin, y lo cita con demoledora ironía: “la producción en pequeña escala engendra capitalismo y burguesía de forma continua, diaria, a cada hora, espontáneamente y a gran escala”. En efecto.

El Che lo sospechó siempre. En América Latina contamos con un capítulo nodal de la polémica económica del siglo – ¿es posible organizar la economía sin mecanismos de mercado? –: el llamado debate cubano de comienzos de los 60’, y ahora, la reactualización que propone Alvaro García Linera para defender el camino boliviano

---

<sup>3</sup> “¿Es reformable el socialismo?”, revista *Vuelta* N° 169, Dic. 1990.

diferenciándolo, aunque cuida el margen de expresión, de la vieja Cuba y la reposición venezolana del socialismo y la escasez de bienes.<sup>4</sup>

Con la consolidación de la Revolución cubana, tras el triunfo en Bahía de Cochinos, se dispara un agudo contrapunto económico –como destaca ahora Linera y Trotsky antes: la estabilidad política de la revolución da paso a la primacía de la economía– en torno a la organización de la producción cubana a fin de incoar la construcción del socialismo, que se solapaba con el impulso industrializador y la crítica del “Señor Azúcar”. Se recuerda el papel de Ernesto Guevara, a la sazón Ministro de Industrias, en dicho debate. Por otra parte, en la URSS, a comienzos de los sesenta, en pleno reformismo kruscheviano, y bajo los auspicios de la revista *Novy Mir* (publicación que fomentaba una revisión del socialismo en un sentido anti-estalinista), se editaron una serie de trabajos tendientes a polemizar con la organización planificada y centralizada de la economía: dotar de independencia financiera, gerencial y productiva a las empresas, alentar los intercambios mercantiles entre ellas, limitar los precios administrados, impulsar la producción de bienes de consumo, mejorar la productividad general de la economía.<sup>5</sup> La crítica recreaba la validez histórica de la NEP, menos un retroceso táctico que una alternativa fiable para el socialismo: desde Krushev hasta Gorbachov, cada vez que se procuraba reformar el socialismo en una senda descentralizadora se apelaba a la NEP, puesto que permitía zamarrear a la burocracia sin salirse del paraguas leninista.

Pues bien, esa discusión soviética repercute en el debate cubano. Guevara se trenza con posturas que tomaban algunos aspectos de las contemporáneas publicaciones rusas (polacas también, a través del afamado economista Oskar Lange, quien desde la presidencia del Consejo económico polaco abogó por un “socialismo de mercado”). Los escritos económicos del Che se asientan en el rechazo filosófico, político y económico de la primacía de la Ley del valor en el período de construcción del socialismo.<sup>6</sup> En rigor: frente al problema de transformar los valores en precios, ¿debe tomarse como criterio privilegiado la ley del valor? Si la respuesta es afirmativa, se debe favorecer la autonomía financiera de las empresas, alentar los estímulos materiales a fin de propiciar el

---

<sup>4</sup> García Linera, Alvaro. “Tiempos salvajes. A cien años de la revolución soviética”, en Andrade, Juan y Hernández Sánchez, Fernando (eds.). *1917. La Revolución rusa cien años después*. Madrid, Akal, 2017, pp. 529-611.

<sup>5</sup> Ver Kagarlitsky, Boris. *Los intelectuales y el Estado soviético, de 1917 al presente*. Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 230-56.

<sup>6</sup> Guevara, Ernesto. *Escritos económicos*. Córdoba, Cuadernos de Pasado y presente, 1969.

crecimiento de la productividad del trabajo, incluso dentro del sector socialista las empresas deberán regirse por principios mercantiles. Guevara, por el contrario, responde que no. No es posible ni deseable un uso consiente de la ley del valor con fines socialistas. Da razones prácticas: la economía cubana es pequeña y es factible, entonces, organizarla eficazmente de manera centralizada. Pero el trasfondo es filosófico-político: el socialismo no puede tolerar la primacía de la ley del valor, puesto que ésta es esencialmente contradictoria respecto al desarrollo de una sociedad sin clases; apenas puede aceptarla, momentáneamente, por el lado del consumo, pero jamás en la decisiva cuestión de la producción. La producción, sugiere Guevara, puede estructurarse de otra forma e incluso la productividad del trabajo puede hallar otra palanca. En el primer caso, propone una centralización extrema de la economía: una única empresa dirigida por el Estado a través de sus ministerios respectivos a fin de optimizar el uso racional de los recursos disponibles y evitar el cálculo mercantil de precios y salarios. En segundo lugar, existen otro tipo de estímulos para apalancar la productividad del trabajo: los morales. Guevara busca inocular conciencia, educación, en el corazón del funcionamiento económico. Moralizar, que en el Che es lo mismo que politizar, la economía. Si la dirección socialista no puede impulsarlo y se resigna a la vigencia objetiva de la ley del valor, ganará el cinismo, y el socialismo se ira corroyendo hasta la restauración completa de las relaciones capitalistas.

Racionalización centralizadora y moral revolucionaria. Es una muestra de la convivencia, no muy dialéctica más bien trágica, entre el ultra objetivismo y el ultra subjetivismo que estructura el pensamiento del Che. La confianza en criterios racionales objetivos (leyes, planes, eficiencia, optimización, centralización) se hilvana, se sustenta en verdad, con la convicción de la existencia de una subjetividad popular socialista, que, sin embargo, hay que moldear. La mediación entre lo objetivo y lo subjetivo radica en el Estado-Partido. El Estado concentra recursos económicos, erige el socialismo, es la traza de la razón, y el Partido cumple una función pedagógica, negativa y positiva: vigilancia revolucionaria respecto a los males del egoísmo y exhortación a la moral revolucionaria, que debe hacer valer los estímulos morales por sobre los materiales.

Sus contrincantes contaban con el favor del funcionamiento concreto de las economías del bloque socialista, los esquemas teóricos más avezados (Bettelheim intervino contra el Che alegando la estricta objetividad de la ley de valor, la posibilidad de entrelazar el cálculo económico con formas socialista de propiedad y la imposibilidad,

en términos marxistas, de alterar el curso de la producción y sus relaciones objetivas con la fuerza práctica de la voluntad), que fueron inclinando la balanza hacia la organización de la economía cubana a partir del modelo soviético.

Sopesando el legado revolucionario de la gesta del 17 para los siempre renovados intentos de transformar la sociedad, Alvaro Linera, en filigrana, contrapone Bolivia a Venezuela, se opone al guevarismo y discute el ánimo concluyente de artículos como el de János Kornai.

Para el vicepresidente es infructuoso pretender desde el Estado suspender la ley del valor y los intentos de llevarlo adelante tuvieron consecuencias negativas para el socialismo. En primer lugar, se requiere de una coacción extraeconómica que lejos de sustentarse en reglas estatales universales se recuesta en un conjunto de decisiones personales de funcionarios públicos, quienes aplican de manera subjetiva su comprensión del valor de uso es decir, la utilidad social, o “los efectos útiles de los diversos objetos de uso”, según Engels. En segundo lugar, dichos intentos no liquidan el mercado antes bien van moldeando a la nueva clase dirigente, que, separada y crecientemente opuesta a la sociedad, concentra las decisiones medulares respecto a la producción y reproducción de las condiciones materiales de vida. Pero, a su vez, “como la burocracia estatal no puede estar presente en cada uno de los poros de la sociedad en cada actividad social, la lógica económica de las cosas, tatuada en el cerebro de las personas, en sus hábitos y cálculos económicos personales y familiares, brota por todos lados, convirtiendo los microespacios públicos y legales en los que el Estado impone su criterio, en simples archipiélagos asediados por un mar de relaciones económicas reales clandestinas”<sup>7</sup>. Los graficamos con la escena de la novela de Pasternak

La cuestión radica en lo siguiente: ¿es posible escindir la *forma Estado* de la *forma dinero*? Marx consideraba que no. La crítica de lo abstracto, del fetichismo de la mercancía, suponía tanto el del trabajo subsumido por el capital como la ilusión política que pretendía universalizar la razón estatal. El error del socialismo, heredero de Octubre, fue considerar que se podía eliminar al mercado, mediante la planificación, sin suprimir la estatalidad.

Queda en sordina otra discusión, que le da vigor al argumento guevarista, más allá de sus desvaríos económicas. El mercado, su mágico halo dinerario, acaso no sea un mero

---

<sup>7</sup> *Idem.*, p. 584.

criterio para producir y distribuir bienes, sino, por el contrario, quizás despliegue una forma valor antropológica, incluso toda una ontología del ser social, que acaba moldeando el conjunto de las relaciones sociales. Los neoliberales de toda laya lo afirman: el mercado es el criterio último de inteligibilidad de lo social; la racionalidad con arreglo a fines (para emplear la fórmula weberiana) es la única comprensible, y en el fondo válida. Es la lúcida intuición del Che: la conciencia y las prácticas socialistas no pueden florecer si sigue rigiendo el mercado puesto que éste reclama una forma-de-vida que es incompatible con la vida socialista. Pero su paradójica solución consiste en la completa estatización de la esfera económica que, junto a la primacía directiva del Partido, juzga compatible con el desarrollo y afianzamiento del socialismo, es decir, de la emancipación humana. Linera, en cambio, y a tono con nuestros tiempos contingentes, considera que el socialismo solo puede germinar desde abajo, a partir de micro-prácticas comunitarias que, al unísono, ponen en entredicho la legalidad estatal y la mercantil. En el vaporoso e incierto “mientras tanto” –ausente el rasgo prospectivo de la *transición*– el Estado es indispensable para defender y sostener al bloque popular-plebeyo en la cima del poder político, cuyo manejo de los resortes legales permite universalizar la dominación legítima y cobijar una inestimable ventaja en la organización del sentido común, y, por su parte, el mercado, el devenir feriante o el plebeyismo económico-informal de las masas populares, es crucial para costear el proceso y para mantener el nivel de vida de las masas, cuya sensible baja, como consecuencia de apresuradas políticas anti-mercantiles que redundan en inflación, carestía y escasez de bienes, afecta la legitimidad de la Revolución. En fin, la entrelazada actualidad del Estado y el mercado le otorgan *tiempo* al proceso revolucionario. Habitar con eficacia el Estado y administrar con sapiencia las relaciones con el mercado interno, con el mercado mundial y el capital transnacional oxigena el proceso y faculta a las prácticas socialistas que anidan en el corazón de lo popular a que florezcan a su ritmo, sin ser aceleradas desde arriba ni sometidas a una tensa partición dicotómica de la sociedad.

Desempolvé, vuelo de pájaro, los trastos de un viejo debate a grandes rasgos perimido, pero cuya extraña reaparición en Venezuela da a pensar. Acongoja asistir a la combinación entre la proclamación del socialismo y la baja continua del nivel de vida de la población, la imposibilidad de hallar alternativas a la contraposición entre Estado y mercado. Guevara y Linera apuestan al Estado como lugar estratégico, aunque con buenas dosis de voluntad política se proponen rebasarlo. El socialismo intentó configurar un

cálculo que no fuera el monetario-mercantil –calcular usos y necesidades sociales sin regirse por la lógica del cambio–, no pudo. Verónica Gago observa cálculos a nivel popular, molecular, feriantes, que parecen desafiar la razón mercantil, es decir, la completa subsunción del valor de uso al valor de cambio. Desbordes del mercado y el Estado, a su racionalidad compartida. Linera considera imprescindible controlar esos macros lugares, destacando sus rasgos jánicos, para que pueden vehiculizarse los procesos populares, el socialismo molecular de las masas. Así, en suma, la conexión de la experiencia de gobiernos populares en la región con el socialismo derruido no reside, al menos no completamente, en la revitalización del Estado como cumbre de la razón sino en la posible exploración de un cálculo vital, que no es el del capital, pero *sí*, en parte, el del mercado.